

# LOS PRECEPTOS DE UN IDEARIO LATINOAMERICANO: ENMASCARAMIENTOS DESDE LO LITERARIO

Peña Bastidas, Armando José\*  
Universidad de los Andes  
Venezuela

## Resumen

Los preceptos de una necesaria formulación de lo identitario latinoamericano ha de llevarnos a mirar en la creación literaria, las adecuaciones de un reconocimiento desde el yo para con el otro, como seres de la alteridad, de las periferias circundantes en nuestra cosmovisión del mundo como hecho detonante de referencialidades para con este lado del mundo, así como de ver en la creación de mundos posibles los espacios de un ser que se mueve en el concomitante enmascaramiento desde las letras para ser reconocido como ese otro, que no es de allá sino de acá, del ahora, el ayer y el presente-futuro de nuestros discursos latinoamericanos.

**Palabras clave:** literatura, Latinoamérica, refiguraciones, cosmovisión, yo-otro.

## Abstract

The precepts of a necessary Latin American identitarian identity must lead us to look at the literary creation, the adaptations of a recognition from the self to the other, as beings of the otherness, of the surrounding peripheries in our worldview of the world as a detonating fact. referents for this side of the world, as well as to see in the creation of possible worlds the spaces of a being that moves in the concomitant masking of letters to be recognized as that other, which is not from there but from here, of the now, the yesterday and the present-future of our Latin American discourses.

**Key words:** literature, Latin America, refigurations, worldview, I-other.

\*MSc. en Literatura Latinoamericana. Profesor Asistente del Departamento de Ciencias Pedagógicas de la Universidad de Los Andes. PEII ULA y ONCTI. Miembro del Grupo de Estudios Críticos Culturales Salvador Valero. E-mail: armanjopeba@gmail.com

**Finalizado:** Trujillo, Octubre-2017 / **Revisado:** Noviembre-2017 / **Aceptado:** Diciembre-2017

*“La dispersión no es pluralidad, sino repetición:*

*siempre el mismo yo que combate ciegamente a otro yo ciego.*

*Propagación, pululación de lo idéntico.*

**Octavio Paz. *Los signos en rotación.***

*“... el sujeto está penetrado de alteridad, una subjetividad ajena lo acompaña y lo perturba siempre;*

*Discurso salvaje. Jonuel Brigue*

*“Lo pasado, el ya no ser, trabaja apasionadamente en las cosas.”*

**Walter Benjamín**

La literatura como espacio de conciencia social, cultural, histórica, filosófica, cotidiana y profana, viene a generar una reflexiva y necesaria valoración de ella como un hecho enraizado en el acontecer latinoamericano, ese que se ha de formular en las distintas miradas hacia este lado del mundo conocido, donde la conciencia soñadora desde nuestros orígenes hasta la conquista o encubrimiento del otro, crean en nosotros una referencialidad de un precepto identitario desde la producción literaria, su estética y carga de sentidos como una marca de cenizas en nuestra frente, la maraca para ser reconocidos por los otros que no somos nosotros, sino ellos desde la subjetivación de un ser de la alteridad, refigurado, adecuado a desaparecer, tal como los Buendía de Cien años de Soledad de García Márquez.

Recordemos que la conquista o encubrimiento por otros en nuestras tierras, ha llevado consigo una carga de significaciones conceptuales, en el hecho de una historia contada por otros ajenos a nosotros, a la cosmogonía y cosmovisión del mundo, así como del legado ancestral, lo que incurre en la referencialidad de ser encubiertos en otros que no somos, ni éramos, ni seremos, aun cuando desde una perspectiva sociocultural,

histórica y mitológica nos han hecho caer en la tentación de sentirnos de allá, de la lejanía de unas fronteras donde no hemos de transmigrar al unísono de sentirnos propios de esas tierras.

Es por ello, que repensar la historia de Latinoamérica nos mueve al acorde de ver y sentir nuestras letras, narrativa, poesía, cuantística y toda creación que lleve una marca que nos ha sido dada por los de fuera, en ella se torna visible la búsqueda de una formulación de nuestro espacio cosmogónico como un criterio identitario del latinoamericano.

Por lo tanto, la aproximación a nuestros hechos culturales incurre en la significación de los sentidos referenciales para con los cuales se ha de sustentar la creación literaria, desde el Pop Wuj como el libro sagrado ancestral, un llamado al rescate de nuestra cosmogonía, un legado de creencias míticas y místicas que no han dejado de lado una particularidad que hasta hoy en día seguimos buscando los de acá: nuestra creación del mundo. Una, que yace en la periferia, en la cosmovisión de aconteceres, los seres transculturados que se enfrentan a la nueva creación de aconteceres y hechos de contextualidades subyacentes desde allá y conjugado con el acá, el ahora, el pasado y el presente-futuro, la circularidad reinante que retorna a la mirada de la cosmogonía y de los espacios de lo real maravilloso como una carga de referencialidad para con nuestras visiones de lo literario.

De cierta manera, la historia contada por otros desde el allá nos ha creado el contrariado hecho de una conflictividad, la que ha venido formulando la dispersión de una pluralidad, una prolongación de lo idéntico, aun cuando no ha sido establecido tal referencialidad, sino que ella nos genere o ha generado negatividad sino en sí misma nace un enriquecimiento cultural, creando una subalternidad en el discurso literario.

Dicho discurso nos da las claves para entender las pluralidades, quiebras, resquicios y entrecruzamientos que se ponen de manifiesto en el quehacer literario

latinoamericano, donde la representación parte de una necesidad de reconocimiento de nuestro hecho cultural, histórico y filosófico. Una identificación necesaria de recurrir a lo nuestro desde acá y refigurado en el ellos, un nos-otros, el hecho de “una cultura dominante y la supervivencia de culturas dominadas que persisten” (Briceño, s/f, p.79) donde nos vemos refigurados por la dominación, dominados pero con características propias de una totalidad que se mueve en los resquicios de la memoria de los pueblos.

Asimismo, hemos de encontrar las confrontaciones culturales desde la llegada de otros a estas tierras, la referencialidad de significancias dada a los de acá desde la otredad, en la cual, se gesta la alteridad de ser otros que no somos, esto lleva consigo una búsqueda de una identidad redefinida con lo europeo, generando las caracterizaciones dadas desde allá, lo que busca la percepción de una redefinición de nuestras aproximaciones con el sentir literario de nuestra historia latinoamericana.

La historia ha sido forjada con dolores y traslaciones de sentidos, una historia escrita con padecimiento en la literatura, con pesar por la transcurriencia de nuestros ancestros, por ello Alonso de Ercilla (1569) recrea el poema épico testimonial del conflicto chileno, un llamado a la mirada de estos seres de la extrañeza como los individuos que poseen alma, ya que éramos vistos solo como otros que no eran iguales a ellos, a los otros, los formados en inefable traslación de una resignificación conceptual de encausamientos desde la llegada de Colón a este lado del mundo.

La América descubierta o encubierta por aquel navegante desde una re-figuración de utópicas aseveraciones desde lo literario en la creación de un hecho histórico como las famosas *Utopías* de Tomás Moro (1516), con la emotividad de un viaje hacia tierras como Cipango y Catai recrean en la subjetividad sentidos subyacentes en el espacio de una ensoñación de una llegada a la tierra anhelada,

con ello se realiza la transfiguración de una alteridad que ha sido la recurrente desde entonces. Somos otros, los seres de la extrañeza, otredad y alteridad.

A partir de las famosas *Utopías* de Thomas Moro (1516), el habitante europeo fue creando en su inconsciente una refiguración de los seres que debía encontrar después de los límites del *Mare Nostrum*, esos que se encontraban llenos de serpientes gigantes, de sirenas que encallaban navíos, y de múltiples leyendas formadas en el inconsciente de un colectivo con la necesidad de transmigrar los espacios y de traspasar los límites de su realidad circundante a partir de una racionalidad, la cual, había sido idealizada en la confina sensación de ver y sentir los seres de la extrañeza.

Una infinidad espacial que promueve en esa distancia sin horizonte una figura laberíntica de sentidos, donde el ser de la alteridad recrea ese espacio arraigado en el inconsciente de un colectivo, en el imaginario de un lugar que iba más allá de un tiempo y un espacio, de ese espacio contextualizado a través de los múltiples relatos e historias de aquellos que habían encausado un sentido de un mundo representado en las letras de las utopías.

Esas famosas utopías, llevarán a aquel navegante genovés a embarcar hacia un destino alterado por el naufragio de los mismos, y que lo llevaría a la tierra desconocida: *América*. Una tierra virgen, que engendra la multiplicidad de acontecimientos a partir de una otredad, por el simple hecho del no reconocimiento del otro, donde la alteridad será la recurrente desde ese preciso momento. La alteridad de aquel pueblo formado en la subjetividad e imaginación de los relatos de aquel viajero, ese continente que encontraría por pura casualidad o cosas del llamado destino, donde la imaginación sería el recurrir de las dualidades de los seres transfigurados, ya que “La utopía es el sueño de la razón”(Bravo, 1998, p.13)

La utopía, así como la mitología darán paso a esa llamada transculturación de los pueblos, y de esa cultura que para su tiempo era manejada en los espacios de la abyección para unos y transitorios para otros, ya que "...: estas eran las tierras de la Utopía, el tiempo feliz del hombre natural."(Fuentes, 1998, p. 9). Tal como la utopía emerge en las analogías de los hombres, el mito irrumpe como ese detonante de sentidos en el reconocimiento de ese otro pero que no es el que se quiere representar. Una forma de un hecho que puede transfigurarse en una realidad idealizada en la memoria de los pueblos, como un acto verdadero ya que la mitología da paso a una objetividad desde el relato. Por lo tanto, las mitologías de las culturas latinoamericanas han venido estableciéndose como un hecho de una cotidianidad de los pueblos arraigadas en la memoria del colectivo

En tal sentido, la idea del ser latinoamericano se gesta desde una caracterización y transfiguración de roles, una idea de saber que somos unos y otros a la vez, pero en la heterogeneidad está la clave de nuestro acervo cultural, somos los occidentales con características propias, unos que llevan consigo una idea de un occidentalismo como un sí mismo, pero, aun así seguimos mirando a nuestros escritores como los que observan desde la periferia los centros del desdoblamiento de legados ancestrales.

En este orden de ideas, el Nuevo mundo crea un sentido estético de formulaciones y preceptos filosóficos orientados al rescate de lo nuestro: lo aborigen. De ese llamado al regreso de un discurso cultural arraigado en la cosmovisión de lo telúrico, el clamor de una interrelación de obras consensuadas para dar el auge necesario a nuestro espacio de creación literaria.

Es allí donde nace la reestructuración de la literatura latinoamericana, un ir y venir en el allá desde el aquí y el ahora, conjeturar los sentidos de una referencialidad del acto creativo, mirar la cultura nuestra como el

único asidero de reencontrarnos con nosotros, el otro y el yo del ser latinoamericano, ya que no solo las palabras en sí sino los contextos culturales de nuestra literatura son los que nos permiten ver en ella el precepto identitario desde una propuesta filosófica.

Lo que respecta al discurso de la creación literaria existe en Latinoamérica la búsqueda de las vicisitudes de una afectividad en lo telúrico, el llamado a la exploración de una intelectualidad desde la siembra de esta, la cual se ha dicho por autores como Henríquez Ureña que un primer manifiesto de independencia intelectual lo haría en su Alocución a la Poesía Don Andrés Bello, en la primera de sus dos Silvas Americanas. Existe un llamado a la tierra, a su agricultura, pero con la traslación de una siembra de intelectuales, necesaria para forjar desde el espacio literario al que han de ir incorporándose nuestros creadores en una dialéctica de la composición americana, la tierra grande de América necesita pensadores desde la creación de los espacios culturales en las ensoñaciones literarias.

Tal dialéctica, podemos decir se podría encontrar adherida al ámbito de una creación literaria latinoamericana –no nombraremos todas, ya que sería una tarea ardua para el motivo que nos atañe en estos momentos– desde Andrés Bello, Simón Rodríguez, Sarmiento y “El Periquillo”, José Martí, Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes, Octavio Paz, Mario Briceño Iragorry, José Manuel Briceño Guerrero, Juan Rulfo, entre otros. Desde la perspectiva de una valoración de una intelectualidad desde lo literario, para plasmar los acontecimientos que nos atañen como seres de la otredad, es en ello, como podemos observar la necesidad recurrente de una idea de adecuación de este mundo como el mundo posible de significaciones y significados contextuales de nuestro acervo cultural.

Un mundo posible encausado en el acto de los seres de la enunciación de la periferia, fuimos y hemos sido, seguimos siendo los

sujetos migrantes y fronterizos de estas tierras, desde ese espacio de creación se contextualiza nuestro ser, la mirada escondida de los resquicios de ensueños, el encuentro romántico de un ser y existir transfigurado en el espacio literario, un ámbito de refiguraciones del ser desde los bordes convertidos en centro de estética literaria, la que recrea una intensificada subjetivación más que esa realidad encontrada en la noche y el relampagueante transitar de una conciencia torturada desde la dialogicidad del sujeto con su legado ancestral.

Nuestro ámbito literario nos sumerge en las connotaciones de ir hacia el rescate de lo nuestro, ya que la obra literaria y la pluralidad que lleva consigo nos remiten a los “signos y... sin excepción posible a categorías supra estéticas: el hombre, la sociedad, la historia. “ (Rama, s/f, p.11) es así, como en nuestra literatura existe un mundo todavía no realizado, una universalidad de tejer los senderos propiciatorios para un precepto identitario filosófico.

Olvidamos que la literatura es producción social, ella es parte de una realidad, una historia, por lo cual se omite la imposición referencial de los contextos y sus valores adquiridos, es por ello que la heterogeneidad de la misma nos estremece a la valoración de que ella crea su propia realidad y genera el índole de lo cultural desde los textos de los escritores latinoamericanos, aquellos que buscan afirmar y reivindicar “la identidad forjada a través de una larga historia de resistencia y combatividad” (Rama, s/f, p.31).

Una combatividad con base en una construcción de una identidad desde lo heterogéneo, en las particulares memorias de actos traslativos de sentido, toda memoria, toda recuperación y representación de ella implica una mirada al pasado. El mirar atrás demuestra una carestía de establecer recomendaciones de dependencia del acto escritural, una vuelta al origen de nuestra creación literaria ha de concatenar los sentidos de una transfiguración necesaria: nuestros escritores son nuestros filósofos.

Sabemos que nuestro espacio literario y de creación va de la mano con la contienda, es así como nuestras vanguardias han sido más prolíficas y llenas de pensamientos arraigados con el hecho estético de una nueva creación, mirada al legado cultural de Latinoamérica, un imitar para algunos, pero con la diferencia que nos caracteriza, un acto mimético de hechos circundantes se viste o traviste de Europa, se enmascara en “facetas, algunas permanentemente visibles, otras intermitentes, otras esporádicas, pero todas aprovechando resquicios, fisuras y grietas de hegemonías” (Briceño, s/f, p. 80).

En tal sentido, es en ese enmascarse donde nos adecuamos a una heterogeneidad literaria, en la transmutación de vernos refigurados y trasladados en ellos desde nuestro yo, en un apasionamiento de una búsqueda de lo identitario desde la creación, el sentido, la estética, y los espacios contextuales de una significación-representación de nosotros, lo nuestro como espacio de creación: lo histórico-ancestral del latinoamericano.

Para este espacio del planeta, la necesidad de un reconocimiento como otro es la premisa de todo nuestro legado escriturario, la llama que ha de encender una fogata que alumbre a los pensadores latinoamericanos, el acto de creación va henchido de refiguraciones actanciales de los seres que se desplazan en la digresión mimética de ser otros para reconocernos en ellos, pero con nuestra particularidad de saber que somos occidentales, y en el espacio creativo nos reconocemos desde la afectividad del ser enunciante (lector) y el ser de la enunciación (autor) y el espacio de la refiguración (contexto).

Es necesario observar nuestra creación literaria desde una visión de nuestro mundo como aquella que es forjada en los resquicios del tiempo, en las intermitencias de una cultura que ha sido tornada en los encubrimientos del otro, en una dominación polimórfica de una cultura, pero con las características de un arraigo cosmogónico, mítico, como reflejos de

un auto reconocimiento de quienes somos, de una autenticidad desde un ser otro que se niega entre parientes, pero con la única verdad de que no nos parecemos a ellos, somos un nos-otros que se arraiga en su visión del mundo dese el ayer, el ahora y el que será.

Esa enunciación y formulación discursiva desde la afectación que es un afecto que nos afecta, desde una trama de ver en la línea divisoria de la subjetividad que “entre “lo propio” y “lo ajeno” tiende así a difuminarse; la dicotomía entre la “imitación” y la “originalidad” comienza a diluirse en un ajeno que “se hace” propio: que se a-propia”. Por lo tanto, podemos decir que existe un desplazamiento en el acontecer de creación latinoamericana, la búsqueda de una constitución de una subjetividad subyacente en el ser de acá, de este lado del planeta, en su discurrir por el espacio y la contextualización de una afectividad que subyace en el sentido de ser propios, de reconocer desde la creación de las letras que somos nosotros los que nos negamos a parecer de allá, de concebir los nuevos “rostros dentro de la gran familia” (Briceño, 2007, p.14).

En este orden de ideas, la subalternidad, otredad y heterogeneidad, sirven como una categoría inicial en el proceso de una postulación o precepto identitario que se ha venido estableciendo en la confrontación de saber -o querer hacerlo- ¿qué somos? Donde cada proposición ha de generar una amplia gama de significaciones del acto escritural y su espacio de creación, esas que han ido desarrollándose para tratar de lograr rastrear y localizar las diferencias, así como las similitudes. Existe en este hecho, la necesidad de un no sentir la división de sentidos a la que se encuentra inmerso el sujeto de la enunciación, del no desplazamiento de sus contextos, sino en la vertiente confluencia de una totalidad subjetiva que atañe a nuestra visión latinoamericana, la que nos genera una óptica del todo a sus partes y de ellas a un todo, una complejidad que se gesta en la bifurcación de la diferencia.

De cierta forma, el sentido de lo literario como un hecho de representación de un precepto identitario latinoamericano, conlleva a dialogar con los medios de sus formulaciones de sentidos, averiguar lo que permiten y prohíben, una adecuación de la creatividad subyacente en una reflexiva y cambiante relación desde el contexto en el cual ha de moverse, ello lleva consigo la referencialidad de un discurso refigurado de los de afuera, los que nos movemos en la periferia.

Al respecto, en tal situación escrita, en la refiguración de un acto mimético en el transfigurarse en un yo que se desplaza como otro actuante desde la subjetividad y afectividad con los textos, podemos observar la imagen cambiante, trasladada al contrario, desprendida para formar otra imagen de nuevo, y así vuelve a un punto iniciático único: el espacio literario como precepto identitario latinoamericano. Un reconocer el espacio de lo literario como la refiguración que se enmascara para dar paso a la significación-representación de los hechos contextuales de una afectividad subyacente para con la subjetividad de los seres que se desplazan, se mueven al unísono de un sentido: la identificación de lo latinoamericano desde el nosotros. Una separación de vernos como ellos, siendo nos-otros, en el hecho de que las facetas se tornan desde el creador y el que crea su precepto son el mismo.

Sobre el asunto en cuestión, se genera un mundo posible desde la anecdótica formulación de escudriñar e identificarnos en la creación literaria, afección necesaria de una pesquisa del reconocernos en los parientes lejanos, pero parientes al fin, esos que nos presentan a sus amistades desde la lejanía, en el acto de “un baile indecente y una carcajada.” (Paz, 1991, p.28) el cual es el rito de los que nos esconden, nos miran de reojo en los lugares de lo ajeno y extraño: somos otros.

#### Referencias bibliográficas:

Blanchot, Maurice. (1992). *El espacio literario*. España: Paidós Básica.

- Brigue, Jonuel. (2007). *Discurso salvaje*. Mérida: Centro Editorial La Castalia.
- Bravo, Víctor. (1995). *Los poderes de la ficción*. Caracas: Monte Avila Editores.
- \_\_\_\_\_ (1998). *Rostros de la utopía*. Mérida: Universidad de los Andes. Consejo de Publicaciones.
- \_\_\_\_\_ (1998). *El mundo es una fábula y otros ensayos*. Mérida: Ediciones Puerta del Sol.
- Fuentes, Carlos. (1992). *El espejo enterrado*. México: Fondo de Cultura Económico.
- Fabri, Paolo. (1998). *El giro semiótico*. España: Editorial Gedisa.
- Greimas, Algidas. (1987). *De la imperfección*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lotman, Iuri (1996). *La semiosfera I*. Madrid: Frónesis.
- Paz, Octavio (1991). *El laberinto de la soledad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Weigel, Sigrid. (1999). *Cuerpo, imagen y espacio en Walter Benjamín*. Argentina: Editorial Paidós SAICF.